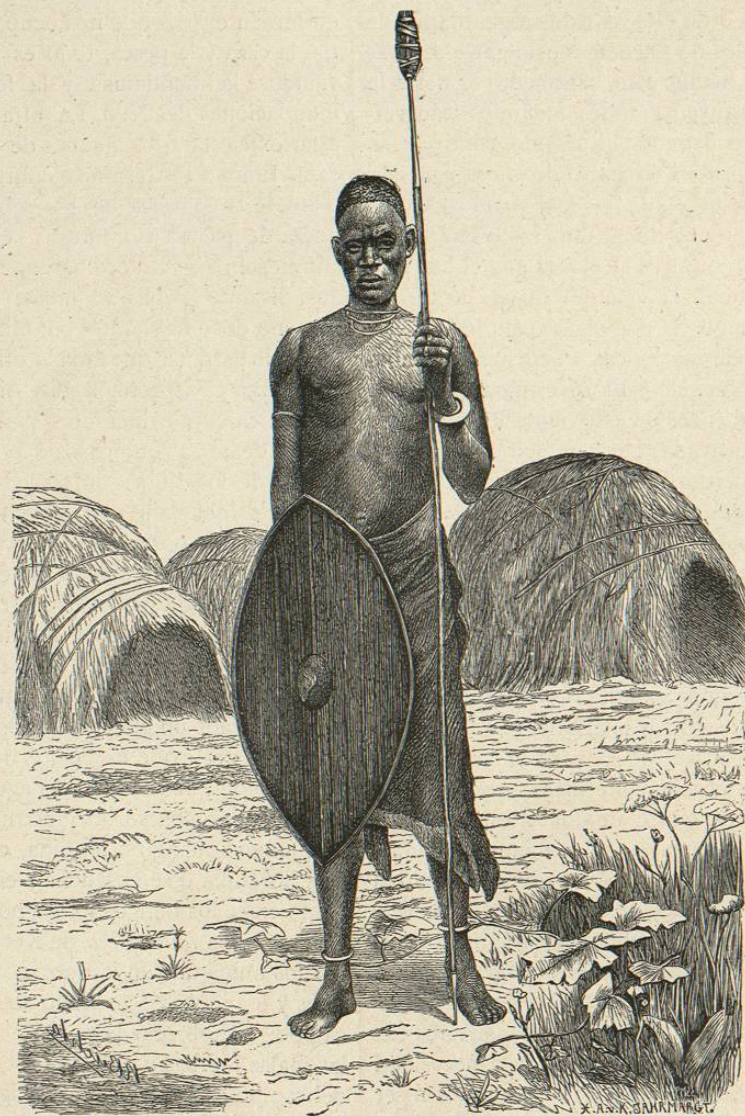


del Sud, de los gallas, de los masais y de los wahumas: únicamente ellos se dedican á la ganadería, de tal manera que los hombres no conceden á ninguna otra ocupación tanto cuidado y tanto trabajo. Sus hábitos ganaderos son los mismos que los de las tribus sud-africanas: los hombres son los que cuidan de ordeñar las vacas y custodian por turno los rebaños de la aldea. Las terneras habitan en las mismas viviendas de la familia. El rebaño no es llevado á las praderas, en donde las vacas llevan unas toscas campa-

nas, hasta que ha desaparecido de la hierba el rocío que se considera perjudicial para las reses. Estos pueblos sólo matan las vacas en las grandes solemnidades, como por ejemplo entre los madís en la recolección de la cosecha. Muchas veces se extrae de los animales la sangre que se usa como alimento, pero el alimento principal de estos pueblos pastores es la leche. La preparación del queso es desconocida y la de la manteca está al cuidado de las mujeres madís. Los viajeros dicen que es extraordinario el número de re-



Un negro dschafalu (de una fotografía por Ricardo Buchta)

baños de bueyes en las comarcas del alto Nilo mientras la corriente de éste atraviesa el territorio sudanés tan abundante en hierba. Felkin dice que los madís, que no son exclusivamente pastores, poseen por término medio de 30 á 40 reses cada uno, y que hasta los más pobres tienen 3 ó 4 bueyes. Hablando de los territorios ribereños que se encuentran á algunas jornadas más arriba de Chartum, dice Schweinfurth: «En cuanto la vista alcanza están los bueyes diseminados por ambas orillas y descienden á la corriente para beber: en los numerosos abrevaderos se ven de 1,000 á 3,000 bueyes que presentan un magnífico espectáculo.» Abundan también las ovejas y es digno de notarse cómo sus rebaños son transportados en barcas de una á otra orilla, mientras los perros van nadando pacientemente detrás de las mismas. Como animales domésticos la cabra y la oveja están muy por debajo del buey. Ni el asno ni el caballo han llegado de Abisinia ó de Nubia á

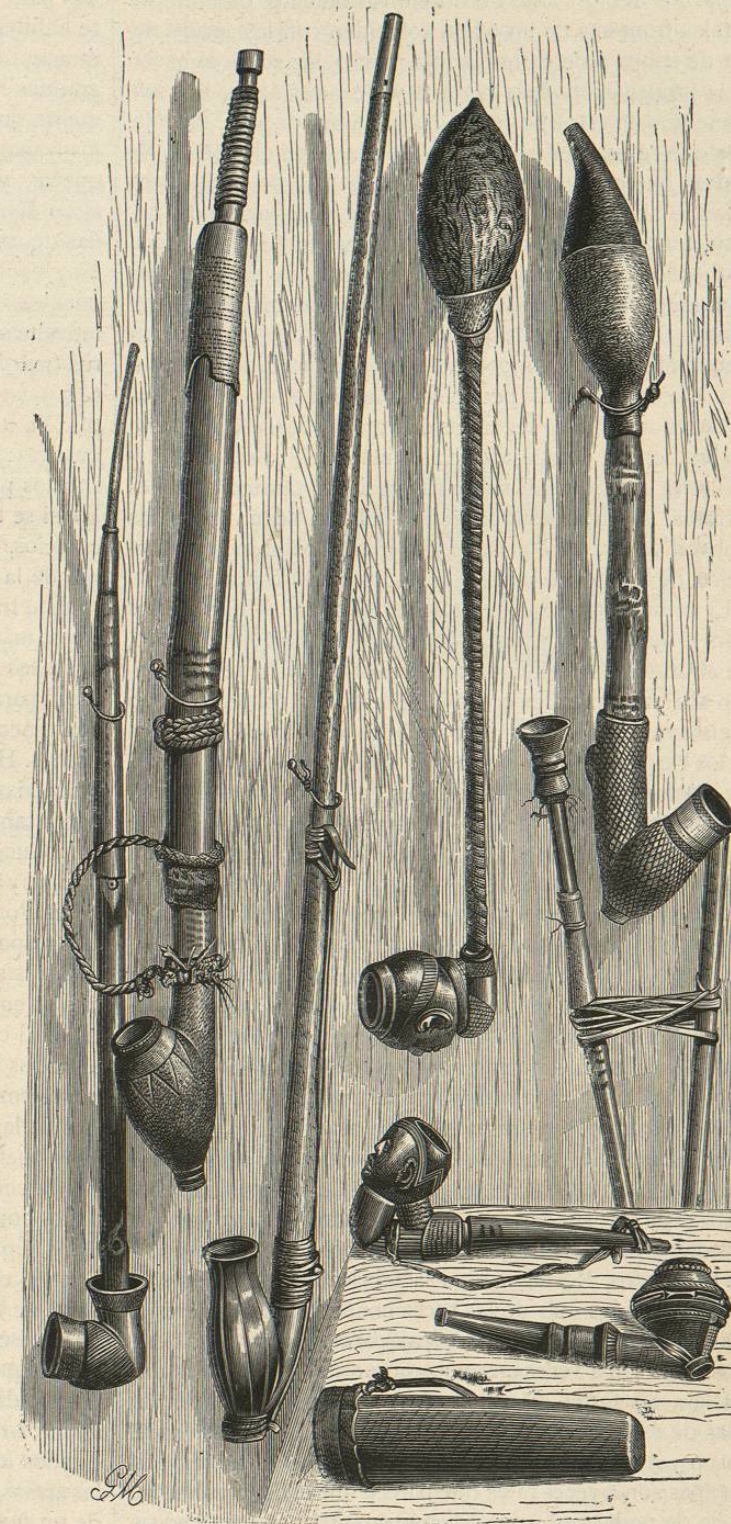
estos pueblos negros. En cuanto á las aves, en los corrales sólo se encuentran las gallinas que entre algunos pueblos (bongos, schilluks) aparecen en número extraordinario, y de las que, por regla general, comen únicamente los viejos y los niños. La antropofagia es objeto de general repulsión.

La pasión que por sus rebaños sienten los pastores de Africa no ha hecho más que precipitar en los países del Nilo como en los apartados territorios del Zambézé (makalakas, batokas), la sujeción y la absorción de aquellos pueblos. Entre éstos se dejó sentir sobre todo la necesidad, antes comprendida por los tratantes de esclavos nubios, de poder ofrecer á las tribus con las cuales se quería comerciar el medio de cambio por ellos preferido, á saber los bueyes; así es que se robaba á los unos para negociar con los otros, con lo cual la posesión de reses llegó á ser una verdadera calamidad para los tan saqueados pastores. El

robo de rebaños ofrecía además, desde el punto de vista puramente político, el pretexto más eficaz para la sujeción que se procuraba conseguir con tanto más afán cuanto más era el amor que los pastores sentían hacia la independencia. «Desde entonces — como dice Schweinfurth — el robo de rebaños en grande escala fué en esta parte de Africa el verdadero fundamento que sirvió de base á todas las empresas que necesitaban para ser llevadas á cabo el empleo de considerables fuerzas y los mismos fines filantrópicos que hombres como Baker y Gordon han consignado como lemas en las banderas de sus expediciones de conquista civilizadora, concebidas con grandiosidad, han sido inconsideradamente abandonados. Nada más lejos de mi ánimo que censurar los servicios prestados por estos hombres célebres bajo muchos conceptos, ó depurar los móviles de sus hazañas ó rebajar las dificultades de su misión, pero á pesar de todo debo expresar el convencimiento de que la historiografía del Africa, si es que alguna vez llega á existir, no podrá dejar de marcar con sangre de bueyes injustamente derramada las etapas de estos esfuerzos civilizadores hechos en la época contemporánea.»

En punto á actividad industrial no están estos pueblos más atrasados que los demás pueblos negros de cualquiera otra parte de Africa; á pesar de lo cual no deja de causar extrañeza que hayan aprendido tan poco de los egipcios y de los nubios. En los tejidos, en la alfarería, en los mismos trabajos de herrería que son su especialidad, no sobresalen de una manera muy notable por encima de otros pueblos negros. En la única cosa en que traspasan el nivel de los negros africanos es, á lo que parece, en la fabricación de curtidos y aun en ésta los progresos han sido realizados no por los negros verdaderos, como los dinkas ó los baris, sino por los bongos que tienen más afinidad con los sandehs. Para curtir las pieles emplean (según Heuglin) las cortezas de un sicomoro ó acacia. Al lado de este progreso aparece la hábil y extendida preparación del hierro, que demuestra una notable aptitud de los negros en la esfera industrial. En todas partes de Africa hay excelentes herreros, pero ninguno de éstos aventaja á los djurs y á los bongos, y en ningún país vemos tan usado este metal como aquí, en donde reemplaza á todos los demás y aun á los más preciosos: en forma de azada ó de disco semicircular (dividido en forma de dos azadas) constituye lo que en las relaciones mercantiles de aquel país se parece más á nuestra moneda. A todos los negros del Nilo, especialmente á los schilluks y á los baris, puede aplicarse lo que dice Schweinfurth hablando de los dinkas, á saber: que viven en una verdadera edad de hierro, es decir en un tiempo en que el hierro tiene todavía gran valor. «Las mujeres de los ricos — dice Schweinfurth — van á menudo tan cargadas de hierro que puedo decir, sin pecar de exagerado, que he visto algunas que en anillos y otros adornos llevaban encima un peso de medio quintal.» El cobre y el latón son menos estimados y mucho peor elaborados que en el territorio del Tanganika, por

ejemplo. En donde primero fueron ambos metales más abundantes y apreciados fué en las comarcas del Oeste del alto Nilo, en donde los dors especialmente los hicieron objeto de comercio, haciéndolos circular en bloques de medio kilogramo de peso que desempeñaron el papel de in-



Pipas y caja para tabaco, de los negros del Nilo (Museo Británico, Londres)
1/5 de su verdadero tamaño

trumentos de cambio. Los bongos forjan brazaletes y otros pequeños dijes de cobre, metal con el que elaboran también alambres. Entre los nyam-nyam y los fertits es muy estimado el cobre como artículo de cambio.

En la preparación artística del hierro los madís pueden quizás ser equiparados á los djurs y á los bongos; en cambio los dinkas, á pesar de la abundancia de hierro que po-

seen, no son tan buenos herreros: estos últimos sometieron á los djurs, tan hábiles en los trabajos en hierro, á una especie de servidumbre, obligándoles á entregarles los objetos de hierro que elaboraban, servidumbre semejante á la que los mismos djurs hubieron de sufrir más tarde impuesta por los nubios. Este hecho y otros muchos que indican que las fronteras de un oficio coinciden con las agrupaciones de tribus ó de castas, arroja mucha luz sobre el hecho de la propagación de la herrería y de otras artes. Los instrumentos de estos herreros son en su mayor parte los mismos que se usan en el resto de Africa. Con el martillo de piedra, que comunmente se compone sólo de un guijarro redondo al que sirve de mango la nervuda mano del herrero, trabajan sobre un yunque de granito, con el simple auxilio de un pequeño escoplo ó formón y de unas tenazas de madera verde sencillamente rajada. Con tan débiles elementos fabrican productos que algunos inteligentes han equiparado á los trabajos de un buen herrero de aldea inglés. Existen algunas pequeñas diferencias en la manera de elaborar el hierro según las distintas tribus: así por ejemplo los bongos demuestran en el modo de calentar el hierro cierta superioridad sobre sus vecinos, también hábiles herreros, los djurs, superioridad debida, según todas las probabilidades, á los propios esfuerzos. Los hornos de fundición de los bongos constituyen también un progreso.

El mineral principal que se emplea en el país de los djurs y de los bongos es el peróxido de hierro hidratado, tan abundante en dichos territorios: también se encuentran allí otros metales como el hierro y el cobre, pero no se elaboran. En el país de los schulis abunda en los lechos de los ríos el grafito ó carburo de hierro con que se cubren por dentro y por fuera las paredes de las cabañas. De manera que todos estos dones de la naturaleza no dejan de ser objeto de atención. Las piedras de hierro espático son recogidas y elaboradas. En todos estos territorios no se encuentra la sal mineral que se procura sustituir con la ceniza de ciertas plantas que los djurs, bongos y otros lavan con lejía y mascan mezcladas con tabaco. La buena sal es importada en pequeñas cantidades al país de los bongos por los árabes del Kordofán del Sud y de Darfur, pero su uso es siempre considerado como un lujo: en cambio en el país de los mombuttús en el que es importada del Oeste, constituye un artículo de cambio.

El examen del traje, de los adornos y del armamento que juntos constituyen la mayor parte de la producción industrial de estos pueblos, nos ha puesto de manifiesto la variedad y hasta cierto punto la perfección de los respectivos productos. Réstanos citar la fabricación de objetos de arcilla (tarea las más de las veces confiada á las mujeres) y especialmente la de gruesas pipas para tabaco, cuyas embocaduras son á veces ensanchadas por fijarse en ellas una calabaza en forma de pera, en la cual se introducen las bolas de estopa destinadas á empaparse en la infusión del tabaco y á ser luego mascadas. La cabeza y el tubo de estas pipas son á veces tales que parece que el delicioso humo no ha de poder ser aspirado rápidamente y en cantidad suficiente. El tubo tiene á menudo el grueso del brazo y la cazoleta puede fácilmente contener un cuarto de libra de tabaco. El trabajo de estas pipas es generalmente tosco y las diferentes piezas de que se componen están unidas entre sí por medio de una piel cosida ó atada; en cambio las esculturas de las cabezas de las pipas, imitando rostros humanos, están bastante bien hechas. Casi en todas las chozas hay vasijas de arcilla grandes para los cereales y pequeñas para el agua. Entre los madís uno de los adornos de las cabañas consiste en tener una porción de cacharos y de

cestos de ninguna aplicación, y las tribus del Sud guardan en grandes vasijas encerradas en una choza especial la única bebida espirituosa que conocen, la cerveza de durra.

Los trabajos de tejido representan un papel importante en la construcción de las chozas y en la confección de redes para pescar y para cazar. Algunas tribus son sumamente hábiles en la fabricación de tejidos finos de paja y de ramas. Los bongos tejen cestas impermeables y saben unir grandes hojas de árboles en bolas ó cilindros, tan sólidamente que en ellos se pueden transportar granos. Entre los trabajos en maderas esculpidas son elegantes las pequeñas sillas y los escabeles para dormir, hechos con un trozo de madera. También se encuentran platos y escudillas de una madera muy dura y pesada, de la *dalbergia*: en esto los fertits y los nyam-nyam son superiores á los demás pueblos afines, de modo que ellos han sido los que han introducido estas escudillas entre los bongos. Entre los morus (madís) se encuentran también las camas de caña con seis pies de madera que son indígenas entre los mombuttús. Ya hemos dicho antes que desde el país de éstos se importa gran cantidad de armas: este comercio de cambio con los pueblos que habitan al Oeste es doblemente notable si se tiene en cuenta la insignificancia de elementos egipcios, abisinios y nubios que se observa en el patrimonio de la civilización de las tribus del alto Nilo.

Este tráfico se extiende también á los instrumentos músicos, más comunes en el Oeste que en el Este. Los bongos y los fertits, que son muy aficionados á la música, emplean para acompañar sus cantos una especie de mandolina con cinco cuerdas, tomada de los nyam-nyam y de los kredsches. Hablando de sus cantos, dice Heuglin: «Son extraordinariamente armoniosos y en su mayoría melancólicos como tantos otros cantos populares puros y se desarrollan, como sucede con frecuencia en éstos, en tonos menores, con compás y ritmo justos, producidos ora al unísono, ora á varias voces. Por regla general, canta primero una sola voz y las demás responden á coro.» Los instrumentos músicos comunes son más sencillos. La confección de cuernos para toques que se emplean en la guerra y en los hechizos, es objeto de especial cuidado. Estos cuernos afectan formas diferentes entre los madís y los lattukas, pues mientras los de los primeros son rectos, de madera y cubiertos con cuero ó con piel de lagarto, los de los últimos, como los de otros muchos pueblos, son de marfil, tienen la forma de un cuerno con la embocadura muy pulida y están cuidadosamente tapados con una funda. También encontramos entre los lattukas pipas de señales cubiertas de cuero ó de piel. Heuglin vió entre los bongos trompetas ó por mejor decir bocinas de tres á cinco pies de largo y de 12 á 18 pulgadas de grueso, que afectaban la forma de un hombre y tenían una pequeña abertura en un lado del extremo estrecho: por medio de este instrumento, un individuo que tuviera una voz robusta podía desde una gran distancia convocar á todos los hombres de una aldea útiles para el servicio de las armas. Una orquesta de dembos que Felkin oyó en casa de un funcionario egipcio de la provincia del Bahr el Ghazal, componíase de cinco hombres que soplaban en flautas de cañas y de dos niños que con calabazas llenas de cuentas seguían el compás de las flautas. En los territorios del alto Nilo se usan también grandes y pequeños tambores de madera. Delante de la vivienda del caudillo ó puestos á la sombra del árbol sagrado de la aldea lleno de amuletos, hay los tambores de alarma.

Ya hemos hablado de ciertos lugares santos ó sagrados que existen en las aldeas de los negros del Nilo, como

también de los sepulcros cuyos indicios exteriores demuestran que para estos pueblos la muerte y el enterramiento no rompen todas las relaciones con los difuntos. Entre los bongos, la ceremonia de dar sepultura á un cadáver reviste una forma nueva que prueba, como otras muchas prácticas de este pueblo, la influencia de los vecinos sandehs: cuando fallece uno de sus valientes guerreros, sus amigos levantan sobre su tumba un montón de piedras, lo cercan con una pequeña valla de tosca madera y clavan sobre él un tronco de árbol redondo y lleno de cortes transversales que, al parecer, indican el número de enemigos muertos por el difunto. Los baris entierran á sus muertos colocándolos en posición sentada, como los cafes, y construyen sobre el sepulcro una colina. De un género especial son los monumentos sepulcrales de los madís, formados las más de las veces con dos piedras delgadas puestas de pie é inclinadas la una sobre la otra y de dos losas más pequeñas que tapan la abertura que aquellas dos dejan, formando en su consecuencia una disposición de piedras regular (véase el grabado de la pág. 320). Apoyados en la autoridad de Brun-Rollet consignaremos una costumbre de los schilluks que recuerda otra costumbre funeraria análoga narrada por Thomson al hablar de una tribu del Tanganika. «Cuando muere alguno de sus juglares — dice aquel viajero — lo queman y recogen con gran cuidado la grasa que se va desprendiendo de su cuerpo, que les sirve de remedio universal, colocando luego los restos del cadáver en una fosa sobre la cual se construye un techo y dentro de ella son arrojados tres ó cuatro de sus criados á quienes se corta las piernas para imposibilitarles de huir abandonando el servicio del difunto.» Entre los schilluks el cadáver del rey permanece insepulto hasta que el nuevo soberano practica el sepelio, lo cual constituye su primera tarea.

En estos pueblos se encuentran huellas de una religión muy confusa. Los dinkas hablan de Dendid, los baris de Mun, los schilluks de Niekam, como ser supremo á quien se deben adoraciones como creador: como á tal los describe el siguiente canto dinka, interesante por su semejanza con las leyendas de la creación de otras tribus, que nos ha sido transmitido por Kaufmann.

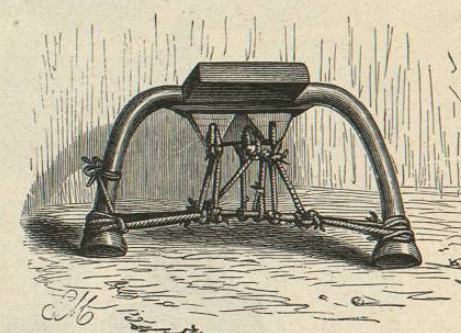
El día en que Dios creó todas las cosas,
Creó el sol,
Y el sol sale y se pone y vuelve á salir;
Creó la luna,
Y la luna sale y se pone y vuelve á salir;
Creó las estrellas
Y las estrellas salen y se ponen y vuelven á salir;
Creó al hombre,
Y el hombre aparece, va á parar á la tierra y no vuelve.

Más clara aparece la afinidad con los mitos de fuera de Africa en una tradición según la cual en otro tiempo existía un estado venturoso en el cual los hombres buenos podían subir al cielo por medio de una cuerda que Dios dejaba caer; pero la cuerda se rompió ó, como dicen los baris, el pajarito azul la mordió. Este vago recuerdo lo encontramos también entre los madís.

La creencia en los aparecidos se halla también aquí extraordinariamente extendida. Los dinkas conocen espíritus buenos que están con Dios, *adjoks*, y espíritus malos que viven en la tierra, *djyoks*. Determinadas personas (*tyets* entre los dinkas y *punoks* entre los baris), en su mayor parte mujeres viejas, ejercen la hechicería relacionada con la creencia en los aparecidos. Entre los bongos hay brujas que pretenden conocer á los hombres que ocasionan la muerte ó desgracias á otros, descubriendo sus actos y su conducta y conjurando la calamidad que amenaza. A menudo se con-

sulta también á mujeres viejas en ciertos males y enfermedades: Heuglin conoció á una de ellas que hacía admirables ejercicios de prestidigitación. De estas hechiceras proceden las muñecas mágicas, especie de fetiches de un pie de altura, toscamente fabricadas de madera, á las cuales se ponen dientes en la región bucal y dos habichuelas encarnadas en las cavidades de los ojos: estas figuras son tan feas como los menos artísticos ídolos de las costas occidentales. Las tumbas y las puertas de las aldeas están á menudo adornadas con figuras humanas, y los bongos tienen un lujo especial en punto á imitar estas figuras humanas. La superstición de hacer llover está casi tan desarrollada entre los baris como entre los betschuanos.

Estos pueblos poseen también las supersticiones de ciertos animales, en la forma más genuinamente negra. Cuando Heuglin mató en el país de los djurs una enorme boa (*Python*), los negros de una alquería vecina se mostraron muy desazonados y dijeron que la muerte violenta de su



Una silla de los baris (de la colección de Roberto Felkin en Wolverhampton)

señor les traería desgracia. Los baris denominan á la serpiente su abuela y otro tanto dice Kaufmann hablando de los dinkas: éstos no comen carne de serpiente, sino que ceban á estos reptiles con leche ó carne; en cambio los bongos no desprecian este manjar. Niekam, dios de los schilluks, se aparece á éstos á veces en forma de serpiente, de lagarto ó de pájaro, y los madís se imaginan á los *adis* ó malos espíritus con cara de hombre y cuerpo de serpiente. Al capítulo de las supersticiones de animales pertenece también la costumbre de pintar leopardos de las más raras formas, en las paredes interiores y exteriores de las cabañas. Haciendo mención de la consideración con que los dinkas, al igual que todos los pueblos pastores de Africa, tratan á sus rebaños, dice Schweinfurth que podría creerse que existe en esta tribu la adoración de los bueyes semejante á la que les profesan los indios, si por otro lado no se les veía devorar con fruición la carne de aquellos animales matados por otros. Según Brun-Rollet, los dinkas consagran al sol y al Nilo un culto en el cual los bueyes desempeñan un papel importante, y en la aldea Uao tienen vacas al parecer consagradas al sol y al Nilo, cuyo cuidado está confiado á viejas adivinas llamadas *duendam*, únicas que pueden ordeñarlas, pues otro que no fuera ellas sacaría sangre en vez de leche. Algunas de estas vacas fueron ocultadas en el Nilo y extraídas de él por medio de redes: desde entonces las divinidades del río guardaron tan cuidadosamente sus rebaños que no se percibe ruido alguno: aquellos dioses clavan de noche en las orillas unas estacas en las cuales atan sus vacas y las dejan pacer allí: esos rebaños salen de la corriente ó se sumergen de nuevo en el agua apenas la niebla se extiende sobre el río. Encuétranse también en estos pueblos las leyendas de animales que tienen un fondo mitológico; así por ejemplo refieren los madís que en otro tiempo